

Samuel Rovinsky de la Editorial Costa Rica

GERARDO CESAR HURTADO

Incurrir en una confrontación de lo estético que lleve al lector a uno de los muchos caminos que significa relatar la historia de una familia, el engrandecimiento y la derrota, tanto como la historia personal de los Matías, conlleva siempre a una meditación de cierta calidad estética que posee la novela para ir revelando destalles que darían paso al oficio de fotógrafo, de historiador, de compilador de crónicas de antaño. Esto no sucede aquí en *Ceremonia de Casta*. Simplemente se recurre a una lectura atenta de la obra. Pero una exigencia—casi diríamos formal—induce a contemplar la creación literaria como en una criba por donde sucesos, descripciones, rostros y lugares desfilan con precisión meridiana. Para nuestros lectores será importante reconocer que ante la obra realizada se tiene una muestra de un quehacer creativo que saca del lenguaje costarricense un provecho en consideración a las formas estéticas de nuestro arte contemporáneo. Ante la lectura cuidadosa—qué puede hacer un lector de novelas sino leer con cuidado aquello que más le interesa, aquello que más arriesga que es su participación—siempre llegamos al lindero de que el arte narrativo sólo se entrega a formas consabidas, a detalles que incitan a ver más allá de la ventana de las clases sociales. Es notorio que el intento de definir un territorio, una familia, un conglomerado social que interpreta, a través de sus ritos y costumbres, su vocación de vivir, simboliza el esfuerzo de hombres y mujeres en el caos humano, en los negocios y la pasión. En cierto sentido crítico queda apreciar la impresión de los hechos, la historia, en un nivel, en otro queda la espera de la satisfacción estética, el gusto en el modelaje en el acto de las palabras convocadas para dar un significado profundo en las relaciones de personajes. Las palabras definen los diálogos, las descripciones de Juan en sus sueños agónicos, la frustración de Beatriz, las sorpresas eróticas de sus hijas, las ambiciones de los primogénitos y nietos. Retrato de situaciones costarricenses se da aquí en *Ceremonia de Casta*, y se lo debemos al narrador que en todo momento mantiene un equilibrio entre la zozobra de quedarse en la mera descripción y la impersonalidad del juego de actores en su tinglado terruño. Ese provincialismo resulta ser hasta un personaje, mezclado entre el vino y la basutería, entre los adornos de terracota y los vinos servidos en vajillas espléndidas. En ese sentido hay como una culminación de orden estético por las descripciones; también hay otra culminación: el descubrimiento de lo humano y lo espiritual, que en todo momento entran en juego, inseparables, irreversibles como en el proceso del amor que se muere, como en la agonía de un hombre atormentado por sus deseos y por el futuro de esa casta que ha levantado por su propio esfuerzo, aún a costa de sudores y sacrificios—este lado benéfico de lo cristiano, no la otra cara: la usura, los acreedores, los que están

bajo los edificios, la masa humana que no sabe mezclar vinos, ni servir manjares en mesas con manteles suizos. Es la casta que sabe de los clubes, del último traje de moda y del Mercedes parqueado frente a sus mansiones. Es importante que lo estético cobre su vigor y su mesura, como lo tiene en esta obra, pero reconocemos una función del lenguaje que crea vacíos y que tal vez este vacío es por la misma incidencia de lo estético, en su manejo por adquirir una jerarquía que nos permita ver el mundo amurallado, seductor y confortable de la familia Matías, representante de su clase, con privilegios y rasgos netamente burgueses que rayan en lo ridículo, porque la fantasía, es hija, en este caso, de la riqueza. Fantasía que se crea y se aniquila en esta obra: el deslumbramiento estético se auna aquí en *Ceremonia de Casta*; sólo se salva la parte humana, los restos de una humanidad que dispone del ocio y la vida ajena. Pero precisamente el valor estético y sus significados, sus ambivalencias, su obsolescencia es lo que priva a la obra de saltar la barrera de lo trágico; el mundo de los desposeídos nunca será como este mundo creado por Juan Matías, sus hijos, sus nietos, toda su historia, las frustraciones matrimoniales, incidencias en lo posible con la mesura literaria del narrador, oficiante y hasta culpable por invocar los espíritus de antepasados con sus rangos, sus preferencias y sus deseos. Aquí quiero señalar el aspecto sensorial de ese lenguaje, si deslumbramos por las descripciones es porque el artificio engaña, porque el lenguaje equivale a la riqueza, porque el lenguaje es nitido y transmite al lector lo que sienten, viven y oyen los personajes del núcleo familiar y patriarcal de la familia Matías. (Salva a la obra su balance, su distanciamiento de las formas empleadas—técnicas, recursos formales escritos, monólogos y separación de tiempos como de narrador—pues es lo que le permite al narrador saber en qué reino está puesta su mira. *Ceremonia de Casta* cumple con el deleite del lenguaje, si éste ha encontrado su gracia, su punto de apoyo para los hechos que se narran acertadamente, es porque interesa destacar lo humano y lo artístico. Las máscaras de todos los milagros latinoamericanos caen; *Ceremonia de Casta* es el ejemplo estético y la muestra de una zona mítica que se desbarata como polvo de mariposa en su historia; ya no nuestro país, sino Latinoamérica. La historia de una familia es la historia de muchas familias latinoamericanas, y nobleza obliga a decir que esa historia está llena de tragedia y de buen vivir.

Desnudamiento de actores sorprendidos en el acto, y la vergüenza propia de la derrota humana. Esta derrota es lo que deja sentir los resquicios de la lectura de la novela de Rovinsky. Apasionado y mesurado, el relato salva sus consecuencias. Otras historias seguirán. La historia en esta obra es la justificación de sí misma, de su ambición por explorar en los vicios y en la bondad (hablamos de esto?) de una sociedad costarricense en el maremagnum del consumo actual.